

J. L. CAMACHO

 MUNDO DESCONOCIDO .ES

PROYECTO MESÍAS



*Una reliquia esconde
la llave para traer
al Antimesías.*

*Una oscura hermandad
se propone conseguirlo...*

mi

JOSÉ LUIS CAMACHO
PROYECTO MESÍAS

m̄

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© José Luis Camacho, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Ediciones Martínez Roca es un sello editorial de Ediciones Planeta Madrid, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.mrediciones.com

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-270-4247-6

Depósito legal: B. 10.930-2016

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Huertas, S. A.

Impreso en España-Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo	11
1. <i>Echoes</i>	21
2. La sombra del ITER	41
3. Nada es lo que parece	61
4. Quién quiere vivir eternamente... ..	85
5. El Urusdahur	103
6. Ninguna paz es eterna	125
7. Humo en el agua	137
8. La sombra del CERN	157
9. La oscuridad y la luz	173

1

ECHOES

La actualidad...

—And no one called us to the land and no one knows the where's or why's. Something stirs and something tries, starts to climb toward the light...

Matthew canturreaba la canción de Pink Floyd mientras jugaba con su portátil.

—No me vais a pillar, cabrones, el rastro lo voy a perder... ¡aquí!... en... Dubái, por ejemplo... ¡Qué os pensabais! —Soltó una gran carcajada—. ¿Que soy un principiante?

No recordaba la primera vez que había escuchado aquella canción, «Echoes», del grupo británico, lo que sí recordaba era la sensación de estar introduciéndose en algo mágico, una melodía cambiante que lo llevaba a un pequeño viaje espiritual, astral, y lo apartaba del mundo por unos minutos. Lo ideal para seguir con su existencia humilde y tranquila. Ahora era la vida que llevaba, una vida sin preguntas en un paraíso del Pacífico. Allí nadie preguntaba, muchos como él habían roto con su identidad pasada para reinventar-

se y ser otra persona. Cada uno se había reconstruido un nuevo yo limando esas pequeñas cosas que nadie podía saber. Negocios ocultos, antiguos militares de los países comunistas, espías de cualquier creencia... Gente que vivía el presente y que apuraba tranquilamente sus días sin importarles lo que depararía la civilización. Al fin y al cabo, ya habían jugado demasiado a esos juegos del capitalismo y el dinero, del poder y la injusticia. Ahora querían disfrutar en un dorado retiro, perdidos del ruido y gozando de unas merecidas vacaciones que tendían a ser eternas.

Aquel año estaba siendo un año prometedor, como todos: guerras, desbarajustes, mafias, espionaje industrial... en fin, la salsa para cualquier *hacker*. Cerró el ordenador y se preparó otro daiquiri, ya era el segundo de la mañana, pero eso le entonaba. Ron negro, lima, azúcar. Sabroso, dulce, amargo, potente. Miraba los vinilos de Pink Floyd como si fueran su pequeño tesoro, nunca le gustaron los CD ni esos artilugios que comprimían la música hasta hacerla sonar como dentro de una lata de sardinas. El ritual de observar la portada, quitar el polvo, cogerlo con sumo cuidado y dejar caer la aguja de su equipo Pioneer de los 80 de alguna forma le excitaba, como si algo mágico volviera cada vez que la música sonaba de esa manera tan rudimentaria. Con esos graves que se movían por la habitación y le acompañaban hacia la terraza donde se veía el mar. Bueno, el mar y aquella vecina canadiense que estaba tan buena y que tomaba el sol sin ropa hasta el mediodía, Chantall. Matthew sonreía con su bigote impregnado de lima y hacía como que miraba al horizonte. Ella sonreía y, de vez en cuando, le saludaba. Incluso quedaban a veces, para

bucear o para tomar un daiquiri, incluso para tener algo de sexo, rápido y sin compromiso. Pero a ella le gustaban los tipos musculosos de la playa, los que tenían el cuerpo modelado y la piel tostada por el sol. En fin, lo contrario que Matthew, con su perilla sin cuidar y su aspecto un poco desaliñado, algo en forma, pero con una vaga sensación de dejadez. Nunca tenía tiempo para comprar ropa, para cuidarse un poco. Sí, la verdad es que tiempo era lo único que tenía en aquel lugar. Infinidad de tiempo que nunca terminaba. En aquella isla perdida el tiempo, a veces, se hacía eterno, parecía no anochechar nunca, como si las horas durasen el doble o el triple que en su antigua ciudad, Nueva York, donde los edificios se comían el sol y se vivía en eterna penumbra.

Desde los dieciséis años se había dedicado a piratear los sistemas informáticos de las empresas más encriptadas. Cada vez más retos, cada vez más complicaciones. Lo detuvieron varias veces desde entonces por robar claves, desde las notas del colegio al FBI. Al final pareció reformarse y entró a trabajar para uno de esos tipos que roban legalmente, un corredor de Bolsa, Denis Arkin, al que había hecho rico. Matthew diseñó un algoritmo que retardaba la información de la Bolsa de varias ciudades durante casi un minuto, primero le llegaban los datos a su terminal y luego a las diferentes bolsas de Estados Unidos. Un minuto, un tiempo casi inapreciable para un constante flujo de noticias, pero suficiente para forrarse. Nadie se daba cuenta, solo lo hacía en las jornadas en las que menos movimiento bursátil había, pero suficiente para comprar y vender acciones con información privilegiada. El problema fue que el tal Denis Arkin comenzó a pre-

ver que alguien se daría cuenta de la jugada y querría contratar a su *hacker* privado, por eso intentó matarlo. Como hacían los antiguos faraones egipcios con sus arquitectos. Una noche fueron a por él dos tipos, dos asesinos a sueldo que habían sido contratados por Arkin. Milagrosamente, Matthew había estado arreglando el ordenador del hijo de su vecina. Un chaval negro al que había cogido cariño y que, de alguna manera, había apadrinado. Su madre, con algún problema que otro con las drogas, trabajaba todo el día limpiando una empresa del centro y el chaval se pasaba las horas solo, por eso Matthew subía a veces a ayudarle a hacer los deberes o a jugar con él a la consola. Aquel día, cuando bajó de nuevo a su casa por las escaleras, vio la cerradura de su puerta forzada y sus sospechas se confirmaron. Llevaba tiempo sospechando de su jefe, al fin y al cabo, ya sabía cómo se las gastaba y había estado espiando su correo electrónico, sobre todo los mensajes que intercambiaba con una secretaria con la que pretendía fugarse, abandonar a su mujer y esas mentiras que dicen los ricos a sus amantes. Nunca le gustó aquel tipo de personas sin principios ni códigos morales, tan solo movidas por el dinero y el poder. No se fiaba de quien no tenía pasiones. Él no pirateaba para ganar dinero o para obtener el poder, lo hacía para poner en evidencia el sistema, la seguridad del sistema, y repartir justicia de vez en cuando o simplemente por jugar, por el reto de romper la seguridad de algo infranqueable.

Salió corriendo de aquel bloque de apartamentos del Bronx donde vivía y fue a la estación de tren. Allí, en una consigna, había guardado una vieja mochila con un portátil, unos documentos falsificados, unos

miles de dólares limpios y las llaves de un viejo Chevrolet que descansaba en un aparcamiento del Lower East Side de Manhattan. Recordó que uno de los mensajes de Arkin hablaba de Salomón, y de cómo este se había deshecho de su arquitecto favorito, Hiram Abif, alegando una excusa peregrina, pensaba: que su secreto debía ser solo del rey. Y eso había puesto en alerta a Matthew.

Llegó a México sin prisa; tampoco quería que en la frontera hubiera gente esperando. Por eso antes se detuvo para enviar información a toda la prensa sobre los chanchullos inmobiliarios de Arkin y sus infidelidades. Una venganza fría y sin huellas. Borró cualquier relación que hubiera tenido con él de todos los registros de la red y comenzó su nueva vida con su nuevo nombre, Matthew. El otro permaneció en el olvido, nunca existió, incluso a veces para él era difícil de recordar. Al fin y al cabo, no dejaba nada atrás: sus padres habían muerto, o eso creía, pues nunca llegó a conocerlos. No tenía hermanos y jamás había tenido mucho éxito para mantener relaciones de más de unas pocas semanas. Nunca se le dieron bien las mujeres. Bueno, sí se le daban bien, pero dejaban de interesarle en cuanto no suponían un reto. Y a ellas, las que le aguantaban más de las tres primeras citas, les ponía demasiado nerviosas su desastrosa manera de vivir. Un reto, como su vecina canadiense, cuyo pasado no había podido descubrir. ¿Alguien podía ocultarle información a él?, ¿quién era esa mujer que había tenido tanto cuidado en esconderse? Le encantaba no fiarse de la gente, sobre todo eso. Imaginar e imaginar de dónde vendría cada uno, fantasear con las vidas pasadas de los que caminaban por el paseo marítimo.

Con la personas normales y corrientes, los que no tenían nada que esconder, no se llevaba demasiado bien, le aburrían soberanamente e intentaba no perder el tiempo en conversaciones banales que no le aportaban nada. Él no quería hijos, no quería preocupaciones, no quería conversaciones sobre la jubilación, sobre el seguro dental o las malditas enfermedades. Él quería romper los niveles de seguridad y desviar algunos cientos de miles de dólares para causas justas sin que nadie supiera quién era ese héroe anónimo.

Desde hacía tiempo regentaba un local de juegos, algo pasado de moda, juegos de los 80. No daba dinero, pero había turistas que lo veían como algo pintoresco y se dejaban algunas monedas. Juegos de 8 bits, como los que él había programado cuando era adolescente. Incluso había creado algunos de los juegos de mayor éxito, bajo el nombre de Ofiuco. Como una productora independiente que no tenía registro mercantil y que regalaba el código de los programas para que los aficionados mejorasen el juego inicial. Algo premonitorio de lo que ocurriría después, muchos años después. Pero ya casi nadie se acordaba de esos juegos en la época de las consolas. Abría el negocio cuando algún crucero hacía parada en la isla, hecho que no sucedía demasiadas veces, y le encantaba tomarse un par de daiquiris mientras veía a los chavales disfrutar con las aventuras de Mario o con las invasiones alienígenas. Había comprado el negocio a un *hippy* español que se había vuelto a Mallorca para vivir sus últimos años con su hija, que al parecer había contraído una enfermedad algo complicada. Por lo menos eso fue lo que él le contó. Investigando, Matthew se enteró de

que había sido un antiguo militar con un pasado algo turbio, pero decidió no remover.

Pero Matthew realmente vivía de lo que iba robando al Banco Central Europeo, al que tenía *hackeado* desde hacía unos años. La fórmula era sencilla: se hacía un redondeo del tercer decimal del euro que generaban la gran mayoría de las transacciones bancarias, para posteriormente desviar grupos del falso redondeo a una cuenta de Macao. Las pequeñas cantidades invisibles no generaban error contable a la víctima y los cientos de miles de operaciones diarias le rentaban una pingüe suma. Al fin y al cabo, ¿quién iba a investigar movimientos de dinero tan pequeños? Y las leyes bancarias de Macao ofrecían una gran discreción. Era listo, además, y nunca transfería a su cuenta personal más de lo necesario para vivir tranquilo y sin trabajar en la isla. Hacía tiempo que había llegado a la conclusión de que el trabajo es lo que empobrece al hombre. Disponer de todo tu tiempo, sin necesidad de prostituirlo a las empresas por un miserable emolumento era la libertad. Aunque a veces fuera aburrida.

—Te van a salir rastas como no te peines pronto, Matthew. —Samuel reía mientras preparaba la mezcla para las botellas de inmersión.

—Las rastas son el símbolo de la melena del león, de la fuerza indomable. —Sonrió Matthew—. ¿Crees que tengo que cortarme el pelo?

—No sé. Si no quieres parecer un *hippy* de los 60 que se ha perdido con el ácido... pues deberías.

—Es que soy un *hippy* de los 60 que se ha perdido en un viaje de ácido. —Los dos rieron.

—Mira, haz lo que quieras, pero entre esa barriguita que estás echando, los pelos y las canas que te empiezan a salir...

—A las mujeres les gusta lo salvaje —respondió Matthew.

—Puede... yo no conozco ninguna a la que le guste tu «salvajismo», pero siempre hay una maleta para un viaje. Yo prefiero seguir haciendo abdominales y comer sano, deberías probarlo.

—¿Sano? —Suspiró Matthew—. Ya lo intenté un par de veces, eso no está hecho para mí. Eso es para los que queréis burlar a la muerte y esas cosas.

—Tienes razón, el ron es mejor.

—Sí, el ron es mejor.

La barca tenía el eterno vaivén del mar. Samuel regentaba un club de submarinismo donde acudían los turistas a bautizarse. El bautismo consistía en ir con un monitor hasta unos 5 o 6 metros bajo el mar y poder disfrutar de la fauna cercana a las rocas. La verdad es que, entre las mantas, las morenas, los pequeños corales y los peces de colores era todo un espectáculo. Sobre todo cuando algunas de las turistas eran mujeres separadas que iban buscando despedirse de sus exmaridos al calor de las fogatas nocturnas y los cócteles del chiringuito. Samuel's Dive era un negocio que daba poco dinero, pero muchas diversiones. De vez en cuando venían algunos abogados a pescar con arpones, esos pagaban más, pero eran demasiado estúpidos como para entablar excesiva conversación. Solo querían matar animales y sentir que dominaban la naturaleza. Samuel sabía que eran unos idiotas, pero necesitaba el dinero para mantener a su familia.

—¿Es esta noche cuando vienen las bobas?

—Sí, creo que sí —respondió Samuel.

—Podemos dar una vuelta por la Roca del Águila...
Con la luna llena seguro que flipamos un poco.

—Díselo a tu canadiense y que se traiga a su amiga.

—¿Y tu mujer?

—Que venga también. —Sonrieron los dos.

—¿No te parece, Samuel, que aquí el tiempo es como si no existiera...? —reflexionaba en voz alta Matthew.

—Claro, para un tipo como tú todo es lento. Yo me crie en África y ahí sí que cada segundo es un regalo; los occidentales no sabéis vivir. Siempre tenéis prisa y queréis más y más y nunca descansáis. Os pierde la avaricia y la ambición.

—No será a mí.

—Sí, a ti también —dijo Samuel—. Detrás de ese *hippy* trasnochado no hay más que otro occidental conquistador, colonialista e intranquilo. —Volvieron a reír.

—La demagogia es todo un arte —afirmó Matthew—. ¿Te lo enseñaban en África, mientras te morías de hambre o mientras caminabas 30 kilómetros para buscar agua para tu pobre madre?

—Lo segundo. Mientras me quitaba el taparrabos y bailaba danzas del guerrero, no te jode.

—Podríamos ofrecer eso también... ¿Qué te parece?

—Matthew se levantó y dibujó en el aire un cartel publicitario—. «Samuel's Dive and Tribal Dancing» ... solo para señoras, o señoritas, sin compañía... Que estén buenas, eso sí.

—Me gusta —comentó Samuel imaginándolo mientras seguía rellenando las botellas.

—¡Brindemos por ello! —Alzó su vaso al horizonte Matthew.

—¡No pensarás bajar así!, ¿cuántos rones llevas?

—Tres, cuatro, no sé... y sí, pienso bajar así y cantar y bailar debajo del agua, como Fred Astaire, claqué marítimo.

—Cada día te quiero más —comentó Samuel irónicamente.

—Y yo a ti.

Terminaron de preparar el material de buceo y se fueron a comer. Matthew decidió que era un buen día para encender las máquinas de su pequeña empresa de juegos recreativos y estuvo varias horas jugando al Donkey Kong, hasta que los rones hicieron efecto y se durmió en el corroído sofá que había puesto en el chitril que él llamaba oficina.

Llegó la tarde.

* * *

—Hola, Chantall...

La puerta de la preciosa canadiense se entreabrió y sus labios desprendieron una sincera sonrisa.

—Pasa, desastre...

Chantall debía de tener unos treinta y cinco años, rubia, media melena, muy atractiva. Trabajaba siempre pegada a un Mac que cerraba cuando Matthew se acercaba. Él no se fiaba de ella y ella no se fiaba de él, pero eran todo lo amigos que en aquella isla se podía ser. Como Samuel: sin preguntas, sin dudas, sin pasado. En su casa parecía no vivir nadie: ni un recuerdo ni una foto. Nada que le diese algún toque de personalidad. Y eso la hacía más misteriosa, más atrayente.

—¿Has comido? —le preguntó Chantall—. Estaba haciendo unas verduras para la cena. Si quieres te pongo un plato.

—Sí, he comido.

—El daiquiri no es comida.

—La lima hay que masticarla.

—Entonces sí, el daiquiri es comida. —Sonrió la bella canadiense mientras salía a la terraza—. He conseguido vino francés, ponte una copa si te apetece.

Matthew se sirvió una copa de vino, lo probó, lo saboreó y decidió bebérsela casi de un trago y servirse una segunda.

—Si tienes sed, bebe agua primero —comentó Chantall desde la tumbona, mientras intentaba seguir la letra de una canción que sonaba en la cadena.

—¿No tienes algo de Pink Floyd, *jazz*, *blues*? —preguntó él.

—Sabes que no, ¿cuántas veces lo vas a preguntar? —Suspiró ella—. Intenta escuchar, no te resistas ante la magia de la música de los 80.

—En los 80 no hubo música, tan solo la que hacían los grupos que sobrevivieron de los 60.

—Eres un abuelo prematuro. ¿Y las hombreras, las horteradas, los colores, el pelo cardado...? Yo a veces lo echo de menos.

—Pero si tú no debes acordarte de los 80, que no habías nacido.

—¿Es un piropo?

—¿Qué edad tienes? —preguntó Matthew haciéndose el despistado.

—¿No lo has visto aún en mi cuenta...? —Sonrió Chantall mientras acariciaba la copa de vino con su

dedo índice—. ¡Ah, que no has podido entrar todavía!

—Levantó las cejas como símbolo de victoria.

—Yo no...

—La última vez, a ver... ¿esta mañana?... No te preocupes, Matt, a mí me gusta que lo intentes, es como un juego. Pero estás un poco oxidado, tienes que renovar tus maneras.

—¿Oxidado? ¿Yo?

—Sí, tú.

—Si quisiera entrar a tus claves...

—Treinta y siete.

—¿Qué?

—Que tengo treinta y siete años, recién cumplidos, una edad en la que todo puede pasar todavía, menos enamorarme y creer que la vida es un cuento de hadas.

—Vaya, siempre pensé que tenías treinta y cinco.

—Ya, seguro que has pasado muchas noches intentando descifrar mi edad. Imagino que estaba vestida en tu imaginación, ¿no?

—Claro, como una esquimal de vestida...

—¿A qué has venido?

—Bueno, Samuel..., oye este vino es cojonudo. ¿Qué es?

—Un vino caro, muy caro, diría que carísimo.

—Samuel —prosiguió Matthew— ...bueno, y yo, habíamos pensado si te apetecería venir esta noche a la roca, vienen las bobas, como todos los años, y ya sabes que puede ser un espectáculo.

—Sí, puede ser un buen plan. Déjame acabar unas cosas y voy. ¿Se lo digo a Marian?

—Bueno...

—Sí, Samuel seguro que no te ha dicho nada de que vaya Marian. —Le guiñó un ojo—. Claro.

—A Samuel no le gustan las mujeres, ya sabes, es un hombre casado, casto y puro.

Los dos rieron un rato y disfrutaron del vino mirando la puesta de sol mientras sonaba aquel horroroso ruido que decía ser música pop. Matthew odiaba el pop, si por él fuera piratearía todas las discográficas y emisoras de pop y lo condenaría a la hoguera. Seguro que un día lo iba a hacer. Pensar eso le hacía gracia, era como sentirse poderoso. La elección nos hace poderosos, se repetía una y otra vez.

Cuando cayó la noche recogieron a Marian y fueron en el coche de Chantall hasta la roca donde les esperaba Samuel con todo preparado: unas cervezas frías, algo de comer y el material de buceo.

Samuel dijo que su mujer no había podido venir, siempre le pasaba cuando Marian iba a aparecer y nadie preguntaba. Se pusieron los trajes y se embarcaron en el *Halcón Milenario*, así había bautizado Samuel a la pequeña lancha de seis metros de eslora que utilizaba para los bautismos.

La luna llena dejaba infinidad de brillos que se introducían hasta varios metros de profundidad. La fauna marina estaba especialmente activa esos días y se podían contemplar especies que nunca se dejarían ver en una noche normal. Incluso algún tiburón pasó cerca de ellos sin prestar demasiada atención ante los gestos de júbilo de Samuel. Se alejaron unas decenas de metros del *Halcón* y el amigo de Matthew les señaló un camino por el que las tortugas podrían pasar. Chantall y Matt se reían y hacían gestos viendo cómo Samuel y Marian se quedaban retrasados unos metros. Él la rozaba con sus manos para enseñarle algún animal y ella se agarraba a sus hombros para bucear.

Parecían dos adolescentes. La miraba moverse en el agua y pensaba que podría vivir en aquella isla el resto de su vida tan solo viendo cómo envejecía e intentaba descifrar sus misterios.

De pronto, un montón de luces iluminaron la noche. Focos provenientes de unas lanchas motoras que se movían rápido, rodeándolos. Samuel hizo señales a los tres para que subieran a la superficie, pensando que se trataba de algunos turistas despistados, pero al quitarse las gafas vieron un montón de armas apuntándoles.

«Salgan», decía la voz desde un megáfono. Los cuatro salieron y subieron a una lancha militar donde les hicieron sentarse y les ataron las manos. Se acercó un tipo, el que parecía mandar, y los observó durante un rato. No tenían ningún distintivo de ningún país, parecían paramilitares y no querían hacer amigos, eso seguro. Chantall miraba al suelo segura de que todo era por ella, intentaba ver las opciones de huida, las posibilidades de escape, y se sentía idiota pensando en cómo se había dejado coger de esa manera tan de principiante. Samuel intentó dialogar con uno de los soldados y recibió un culatazo en la mandíbula que le dejó algo mareado. Marian intentó consolarlo, mientras temblaba.

—Si no hacen tonterías no vamos a hacerles ningún daño —comentaba el que parecía el capitán—. Si colaboran todo va a ser normal y dentro de unos minutos podrán seguir disfrutando de su paseo acuático, y esto no será más que un extraño recuerdo. Digamos que esto nunca habrá pasado. ¿Verdad, Matthew? —Chantall abrió los ojos, sorprendida, y Matthew sonrió pensando que Arkin no iba a llegar tan lejos; al

fin y al cabo, lo había destruido y, según decían, se había suicidado en un motel de carretera cerca de Las Vegas.

—¿Yo? —Sonrió Matthew—. Creo que se equivocan de tipo, yo soy... —Un par de puñetazos en el estómago le hicieron recordar quién era realmente.

—Podemos solucionarlo civilizadamente: usted nos acompaña y sus amigos viven... o podemos dejar tres cuerpos a los tiburones y usted nos acompaña igualmente. Señorita Chantall, soy un gran admirador de su trabajo, realmente es impecable, pero ha estado viviendo estos años con el gran maestro y no se ha dado ni cuenta. Eso no dice mucho a su favor.

—Está bien, déjenles ir y hagan conmigo lo que quieran —intentó hacerse el héroe Matthew—. ¿Quiénes son ustedes?

—Todo a su tiempo, señor Ofiuco, todo a su tiempo.

—¿Ofiuco? —preguntó sorprendida Chantall—. ¿Todo este tiempo he estado...? ¿Eres tú?

Matthew sonrió.

—Eso me temo, Chantall.

—Sabia decisión —comentó el capitán—. Caballeros, libérenlos.

—¿Cómo sé que no les pegarán un tiro?

—Somos hombres de palabra, si usted colabora, nosotros nos olvidaremos de esta isla y sus amigos podrán seguir haciendo... eso que hacían, ¿verdad, señorita Duchamp? —Chantall estaba algo cabreada y confundida y no quiso responder. Matthew aceptó.

* * *

La lancha con sus amigos se alejó y a Matthew le quitaron las esposas con las que le habían atado las manos. Realmente no sabía quiénes eran aquellos tipos, pero sabía que habían ganado la partida, al menos la primera partida. Llegaron a un barco, parecía un pesquero, aunque él no sabría distinguir un barco pesquero de un acorazado de guerra a no ser que le enseñaran los cañones. Simular un barco de pesca parecía un buen señuelo para despistar los controles y a los piratas de la zona. Le metieron en un camarote sin ventanas, solo una cama, una silla, un váter y una botella de agua. Allí estuvo intentando escuchar las conversaciones y adivinar el rumbo observando las estrellas por un pequeño agujero que dejaba entrever algo del exterior. Un par de días después aparecieron dos tipos y le indicaron que les siguiera hacia una sala. Le ofrecieron comida y él preguntó si había ron Santa Teresa cubano. Realmente los tipos estaban extrañados; normalmente, cuando hacían este tipo de cosas, secuestrar a un individuo en medio del mar en una isla perdida mientras buceaba, la gente se asustaba un poco, pero Matthew solo quería tomar un daiquiri y no hacía más que pensar en quién se quedaría con sus vinilos de Pink Floyd. Seguro que Chantall se marcharía de la isla, lo que fuera que había estado haciendo esos tipos lo sabían y ya no estaba segura allí. Le jodía no volver a verla, podrían haber tenido una bonita relación, tipo Casablanca, si las cosas no se hubieran torcido de esa manera. Samuel se cuidaría de sus cosas, eso seguro, los protegería hasta que él volviera. Si volvía.

—Señor Ofiuco —comentó el capitán ofreciéndole un asiento al otro lado de su mesa—. Siéntese, por favor. Ya le están preparando su... ¿daiquiri?

—Sí, con una rodajita de lima, por favor —respondió Matthew haciendo un gesto afirmativo—. Veo que es usted de la vieja escuela. ¿Rusos? ¿Israelíes? ¿Alemanes? ¿Ingleses?... ¿Quién les paga?

—Tiene usted dos opciones, señor Ofiuco... digamos que el Banco Central Europeo está perdiendo algo de dinero con usted. En total, hasta la fecha, lleva acumulado un poquito más de 100 millones de euros. Lamentablemente, solo puede utilizarlo en pequeñas cantidades. Ese turbio montante está prácticamente congelado, si decidiese mover demasiado saltarían todas las alarmas. Realmente no le sirve de nada, es una estúpida cifra en un monitor..., ¿verdad?

Un tipo se acercó con su bebida.

—Gracias, es usted muy amable —comentó sonriente Matthew mientras olfateaba el vaso—. ¿Edmundo Dantes?, yo diría que de 25 años...

—Me impresiona usted, con ese aspecto de indigente ha conseguido pasar desapercibido bastante tiempo.

—¿He cometido algún fallo?

—Sí, ser demasiado emocional. En su profesión no puede permitirse ese tipo de cosas.

—Nunca debí enviarle dinero —dijo Matthew mientras daba un par de sorbos.

—Teníamos que empezar por algún lado. No se preocupe, hemos dejado que todo quede como está, el chico sigue viviendo con su madre y disfrutará de una vida en Nueva York si usted colabora; incluso podrá ir a una buena universidad con el dinero que usted les ha regalado.

—Bueno, al grano, ¿qué hay que piratear? ¿Debo entrar en el Pentágono? ¿Lanzar misiles nucleares?

—No diga tonterías, la guerra fría terminó hace ya unos años, ahora la guerra es energética. Nosotros trabajamos para una corporación con importantes empresas internacionales. La misión que debe usted llevar a cabo es muy sencilla: bloquear el avance chino en fusión nuclear. Quien domine la energía dominará el mundo futuro. Imagínese un país que sea autosuficiente y genere un soporte energético sin límites.

—¡Vaya con los chinos! —comentó irónicamente Matthew—. ¿Y ellos han conseguido ya la fusión nuclear? Energía limpia, constante. Si lo logran antes que ustedes se acabó el imperio occidental.

—No lo van a conseguir.

—Y ahí es donde es donde entro yo, ¿no?

—Sí, ahí es donde entra usted.

—Y ¿si no acepto? —preguntó casi sin ganas Matthew.

—No me haga perder el tiempo con amenazas banales. Un chico negro del Bronx tristemente atropellado por un coche, una madre con sobredosis, un profesor de buceo ahogado, una llamada a la Interpol para que investiguen ciertos desvíos de dinero del BCE durante estos últimos años o una bella canadiense ejerciendo de prostituta en Bangkok... digamos que tiene usted varias razones para ayudarnos.

—Visto así... me parece un buen trabajo, ya si me pagaran sería...

—Usted haga su trabajo y nosotros seremos generosos, siempre lo somos con quien apoya nuestros intereses y tiene talento. Y usted lo tiene, aunque mal enfocado.

El tipo aquel manejaba varios idiomas, aunque parecía filipino. Tenía esa tranquilidad que da el poder

y esa mirada de quien ha matado antes y no tiene arrepentimientos.

—Dispone usted de un mes para introducirse en sus sistemas, acceder al cálculo de los potentes magnetos que sustentan en el vacío el elemento fusionable, desestabilizarlo y hacer que la gravedad consiga que el plasma a decenas de millones de grados impacte contra la estructura del reactor. Eso destruirá sus instalaciones y unas cuantas hectáreas a la redonda. Tardarán décadas en averiguar qué demonios ha ocurrido. Como ve, limpio, silencioso e indetectable.

—Si quiere puedo hacer que vuelvan a la edad de piedra —apuntó Matthew.

—No, no queremos tanto —le interrumpió el capitán—. Nadie puede saber que hemos entrado, todo debe parecer un accidente, un virus provocado por ellos mismos, por alguien interno al que puedan echar toda la culpa. Un pequeño fallo informático... de esos que ocurren todos los días.

—Nada de lo que ocurre en este mundo es fruto de la casualidad.

—La casualidad es la gente como nosotros. —El capitán sonrió—. De momento disfrute del viaje, mañana cogeremos un avión con destino a Francia, a nuestra central. Descanse y dese una ducha.

—¿Huelo mal? —preguntó Matthew olfateándose el sobaco.

—Ha sido un placer conocerlo, señor Ofiuco, Matthew. Espero que tenga usted una larga vida.

El tipo, tal y como había entrado, se marchó. Dio unas órdenes a sus hombres, sobre todo la de que no le dejaran acercarse a ningún móvil o portátil. Matthew sabía que le tenían miedo, como si los de muy arriba

supieran perfectamente de quién se trataba. Durante la conversación la voz del capitán denotaba una cierta admiración. La admiración es un sentimiento más parecido a la envidia que la envidia misma.